

Llevábamos años sin vernos porque, aunque habíamos sido muy buenos amigos, la vida nos fue guiando por caminos que cada vez divergían un poco más. Por eso, me alegró mucho su llamada. Ya sabía, por otro compañero, que coordinaba unas clases para alumnos de más 50 años.

- ¿Que necesitas apagar un fuego? Vaya, pues no sé si yo ahora estoy para eso... Tengo un niño de poco más de año y medio y clases todos los días, pero si me dices que es solo cosa de un cuatrimestre, cuenta con ello.

Cuando acabó el cuatrimestre me vi comiendo con mis nuevos alumnos fabes con almejas en un restaurante asturiano que estaba, creo recordar, en la calle Fuencarral. Y ya es hora de reconocer que una de las pocas cosas que detesto son las fabes. Pero me las comí con mi mejor sonrisa porque ellos lo merecían y porque su invitación había sido todo un detalle. Todavía recuerdo el nombre de muchos de aquellos primeros alumnos...

Han pasado trece años desde aquel cuatrimestre y desde aquellas fabes. Trece años en los que caminar por los pasillos de Comillas, con sus típicos azulejos, se ha convertido en una parte de mi vida... Como también lo son tantas personas, tantas lecturas compartidas, tantas conversaciones...

- ¿Pero has visto lo bien que pinta Consuelo? ¿Y qué me dices de Esther?

- Isabel, ¿no me digas que tu marido es de Toledo?

- José Ramón, me encantó la película que me recomendaste.

- José María, Eloy, mil gracias por el libro...

- Sí, estoy de acuerdo en que *Fausto* es un infumable, ¡¡pero a ver quién se atreve con el canon!!

Los pasillos, con sus característicos azulejos, llevan veinte años advirtiendo su entusiasmo y escuchando sus voces.

Yo llegué solo para apagar un fuego...